

El cromo que faltaba.

Infancia, generosidad y el nacimiento de la ética.

1. La sorpresa del gesto.

Tendría doce años cuando comprábamos cromos para un álbum famoso en los 60 llamado *Vida y Color*. En la calle los niños los intercambiábamos con la seriedad de quien negocia tratados internacionales. Yo tenía una colección casi completa; solo me faltaban dos cromos. Uno de ellos lo tenía una niña de mi barrio y también sabía que a ella le faltaba un solo cromo que yo tenía para completar su álbum.

Un día le propuse un cambio. Le entregué el cromo que ella necesitaba y ella me entregó uno que yo ya tenía. Era consciente de que estaba cerrando un mal acuerdo, pero lo hice y no fue un error. Lo que no sabía era por qué lo hacía.

Llegué a casa, abrí el álbum y me quedé mirando el hueco que yo había decidido no llenar. Y entonces me asaltó la pregunta: ¿por qué había cambiado un cromo que necesitaba por otro que ya tenía? No había ninguna razón para ello y, en ese momento caí en la cuenta. Lo había hecho porque ella precisaba ese cromo, lo había hecho por ella. Y esa deducción, en un niño, fue un descubrimiento inesperado. La generosidad que había mostrado era un síntoma de algo que no sabía nombrar.

2. La generosidad como síntoma.

Nunca se lo dije. No lo sabía ni yo, ¿cómo iba a decírselo? Pero el gesto habló por mí. El cromo que le di no era un cromo, era una declaración. Una declaración en silencio, sin palabras, sin testigos, sin esperanza de recompensa. Y eso es lo que hace el amor cuando es verdadero; nos despoja del cálculo, nos hace dar lo que no tenemos y nos convierte en alguien que no reconocemos.

El filósofo Erich Fromm escribió que el amor no es un sentimiento pasivo que se siente, sino una práctica activa que se ejerce. Amar no es esperar a que el otro nos haga feliz, es actuar para que el otro sea feliz. Y eso, en un niño, es una revelación. Porque el niño, por naturaleza, es egocéntrico.

Su mundo gira alrededor de sus necesidades, deseos y miedos, y de pronto, sin saber cómo, descubre que hay alguien que le importa más que él mismo. Y ese descubrimiento, aparentemente irracional, que no guarda relación alguna con el sentido del deber, ni la educación, emerge como natural y espontáneo.

El amor, en su forma más pura, es atención. La filósofa Simone Weil escribió que la atención es la forma más rara y pura de generosidad. Y el niño que entrega el cromó que no tiene repetido está prestando atención, está viendo al otro en su necesidad y está actuando para satisfacerla, aunque eso le cueste. No es caridad, ni altruismo, ni virtud, es amor.

3. El silencio del niño.

Hay una forma de amor que solo se puede expresar en silencio. El niño que no declara su amor, que no pide nada, que no espera recompensa, está amando de la forma más pura posible. Porque el amor que se declara espera una respuesta, pero el que se calla no espera nada. Y ese silencio no es cobardía, sino la forma en que el niño protege su gesto. Si lo dice, lo rompe. Si lo declara, lo convierte en un intercambio. Y el amor, cuando es verdadero, no quiere ser intercambio.

El escritor Roland Barthes describió el amor como un discurso, como un lenguaje que nos constituye. Sin embargo, hay un lenguaje anterior a las palabras, el de los gestos. Y el niño que entrega el cromó está hablando en ese lenguaje. Está diciendo, sin decir: "Me importas más que mi álbum, más que mi colección, más que mi orgullo". Y lo dice en silencio, con un gesto, porque las palabras son demasiado grandes para un niño de doce años.

4. El aprendizaje de la vulnerabilidad.

El primer amor es también la primera experiencia de vulnerabilidad. El niño que da el cromó se expone a que ella no lo sepa, a que no lo valore, a que no lo devuelva. Y esa exposición es el precio del amor. No hay amor sin riesgo. No hay generosidad sin la posibilidad de que el otro no corresponda.

El filósofo Emmanuel Levinas escribió que el rostro del otro nos interpela éticamente. El otro no es un objeto que utilizamos, es una presencia que nos obliga a responder. Y el niño que da el cromó está respondiendo, está diciendo con su gesto "aquí estoy". Y esa respuesta es la base de toda ética. No es la norma, ni el deber, ni el cálculo, es la respuesta al otro.

5. Lo que el primer amor enseña.

El primer amor no se supera, se integra. Nos enseña que el otro importa, que la vida no es solo el propio yo, que la felicidad no es un derecho sino una construcción compartida. Y esa lección, si no se olvida, puede cambiar la forma en que nos relacionamos con el mundo.

En mi caso, el cromó que faltaba fue una revelación. Descubrí que era capaz de dar sin esperar nada a cambio. Descubrí que el amor no era un sentimiento consciente, sino una práctica que se ejercía. Y descubrí, sobre todo, que la generosidad no es una virtud que se aprenda en los libros, sino una actitud que se descubre en la vida y que, en mi caso, adoptó la forma de un cromó que necesitaba para completar mi álbum y que entregué a una niña a la que quería sin ser consciente de mi amor.

6. La vida con el otro.

Han pasado sesenta años. La niña se perdió en el tiempo, el álbum se perdió en alguna mudanza y el cromó se perdió en alguna de esas carpetas que se tiran cuando uno se hace mayor. Pero el gesto sigue ahí.

La reflexión con la que cierro este ensayo no solo es sobre el amor, concierne también a la ética. Porque el primer amor nos enseña algo que la sociedad se empeña en olvidar: que no estamos solos, que no somos individuos aislados, que la vida es una red de relaciones en las que el otro siempre está presente. Y que la única forma de vivir con dignidad es reconocer esa presencia, atenderla y, cuando sea necesario, dar el cromo que no tenemos repetido.